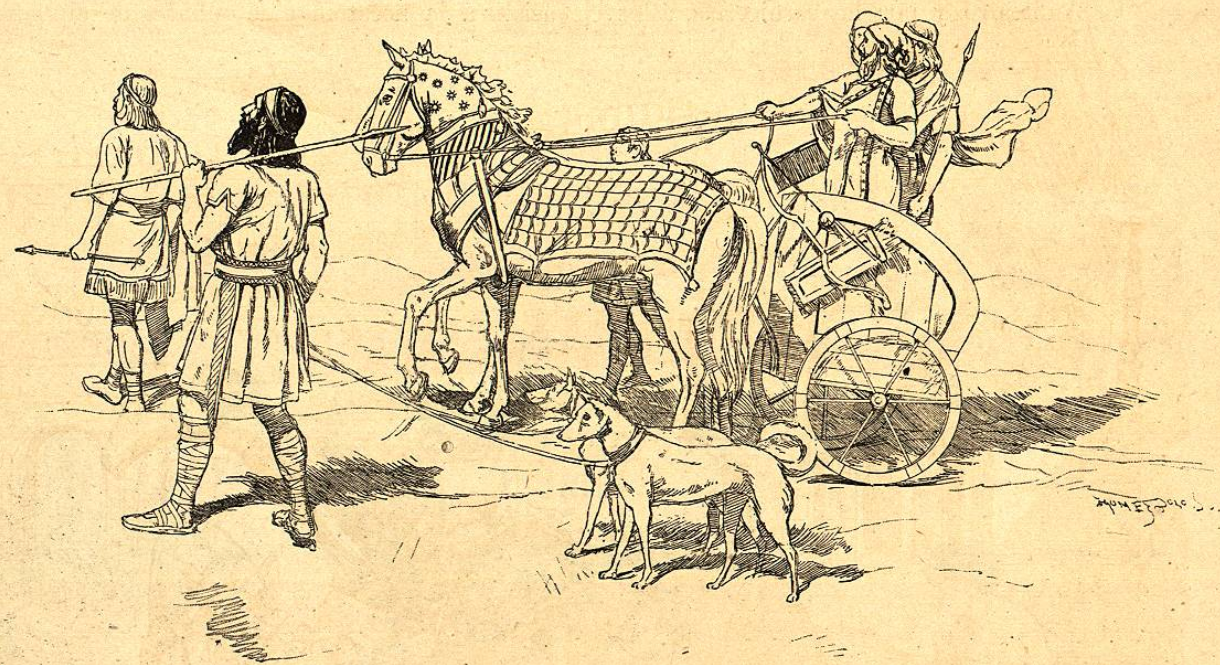


de gran número de romanos; pero el placer que saboreaban con delicia y arrobo eran las diversiones del Circo, donde el pueblo rey ofreció á sus súbditos los

más soberbios y hermosos ejemplares de animales feroces. En el Coliseo se realizaron las famosas cacerías síntesis de los placeres venatorios de Roma.



Expedición venatoria

II

Merece, pues, señalado sitio, y ocupar nuestra atención, el escenario donde se desarrollaron las cacerías y placeres venatorios de Roma. En aquel escenario, que recordaba el

Barbara Pyramidum sileant miracula Memphis

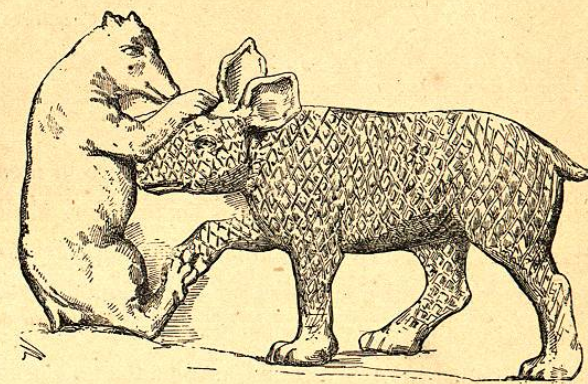
Omnia Casareo cedat labor amphitheatro.

leones, tigres, panteras y elefantes despedazaron á millares de hombres, y fueron después muertos por traidora mano, atravesados con flechas disparadas desde el *podium* ó las gradas del anfiteatro.

Nuestros lectores leerán con gusto los siguientes párrafos de un brillante prosista y erudito orador, en que, gallardo artista, derrama con profusión los más deslumbrantes colores de su paleta para ofrecer el cuadro de lo que fué el Coliseo romano. Otro autor, más modesto y quizás más erudito, nos proporciona abundosos datos y noticias para completar la descripción del lugar de la escena donde brincaban, rugían y aullaban los huéspedes del desierto.

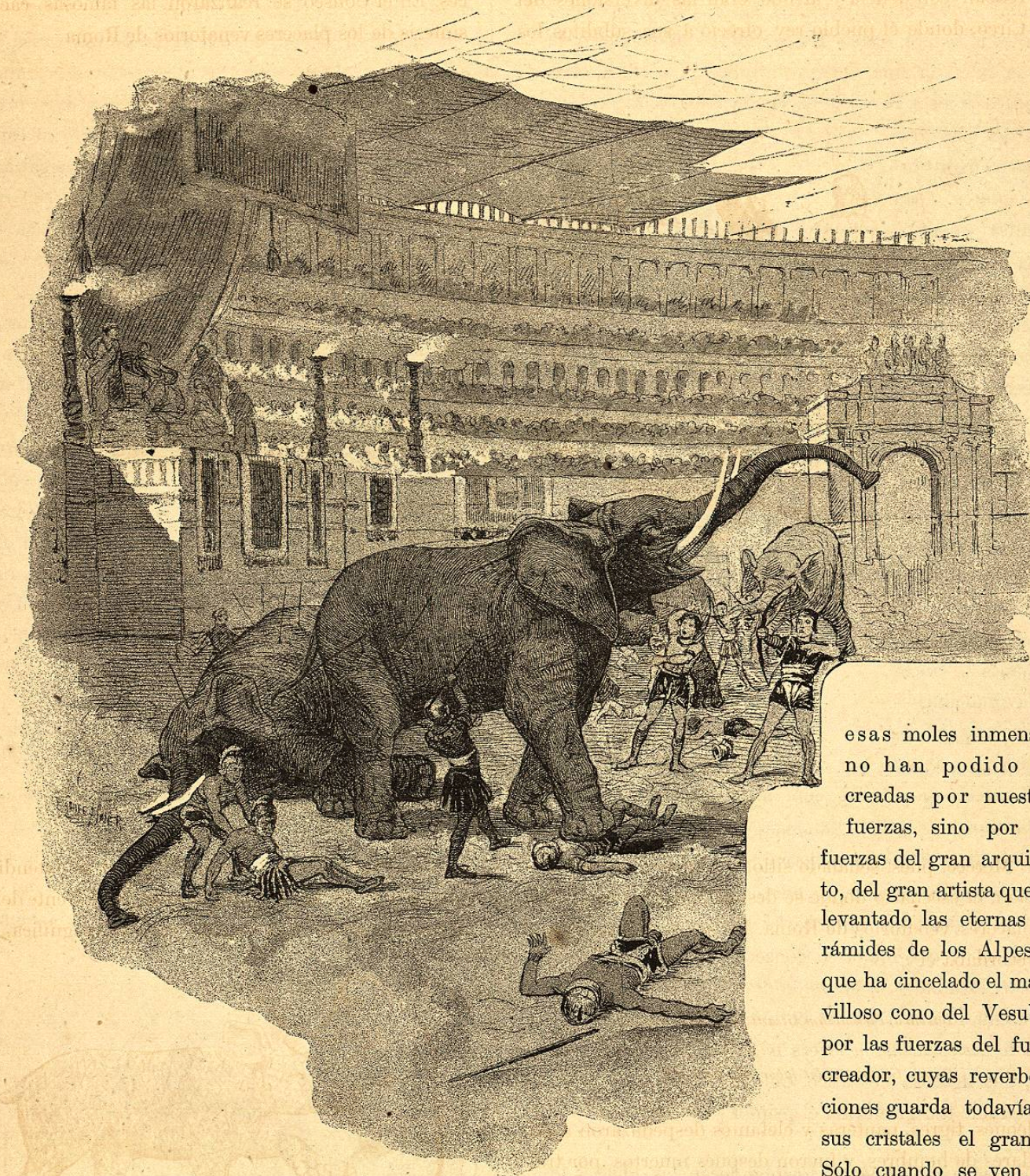
III

« En el sitio que hoy ocupa el Coliseo, se extendía el estanque de los jardines neronianos; y al frente del estanque elevábase una estatua colosal, magnífica, del



Combate de un rinoceronte y un oso

divino emperador, con los atributos de Apolo, el dios de la armonía y de la luz, que llevaba en sus manos la cítara, á cuyos acordes danzaban las musas, y en sus sienes el verde laurel de Dafne. La familia de Vespasiano, en odio al hijo de Agripina, había soterrado su



Anfiteatro de Roma.—Luchas de fieras

esas moles inmensas, no han podido ser creadas por nuestras fuerzas, sino por las fuerzas del gran arquitecto, del gran artista que ha levantado las eternas pirámides de los Alpes, y que ha cincelado el maravilloso cono del Vesubio, por las fuerzas del fuego creador, cuyas reverberaciones guarda todavía en sus cristales el granito. Sólo cuando se ven las armonías de sus arcos, la igualdad de sus columnas, el ritmo de aquella archi-

tectura que asciende á los cielos como un cántico, nótese que el pensamiento humano ha distribuido las enormes moles del Anfiteatro, y las ha sellado con el sello divino de sus leyes.

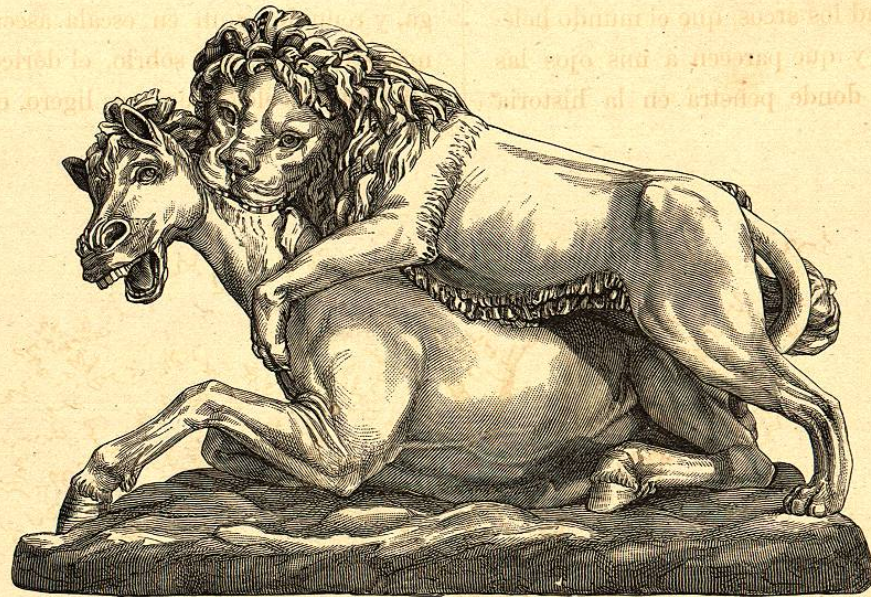
Hoy es, en parte, una ruina. Cuando estaba todo de pie, dos gradas lo sostenían como fuertes zócalos. Cuatro cuerpos sobrepuestos lo formaban. Ochenta arosos arcos, que eran otras ochenta puertas, circundaban todo

áurea casa, llena de obras inmortales, arrancando también el Coloso, y construido en su lugar el Anfiteatro; pero no pudo arrancar ni el nombre ni el recuerdo de la apolínea estatua de Nerón; y ese nombre, degenerado, corrompido, *Coliseo*, lleva todavía este colosal monumento.

No parece, á la verdad, obra de los hombres, sino obra de la naturaleza. Esas gigantescas proporciones,

el primer cuerpo. Á los lados de los arcos alzábanse medias columnas empotradas en la pared, y pertenecientes al severo orden dórico. Sobre este primer cuerpo se extendía una cornisa, y sobre la cornisa, otros ochenta arcos á cuyos lados se elevaban medias columnas del más gracioso y ligero orden jónico. Otra cornisa, idéntica á la anterior, remataba este segundo cuerpo, y servía de base al tercero, cortado en arcos también, ornado también de columnas, pero del florido y rico orden corintio. Remataba todo el monumento un airoso ático, semejante á cincelada diadema, ligero, ornado de pilastras, y abierto por ventanas, á través de las cuales parece que brilla con más esplendor el cielo. Este inmenso edificio tiene cincuenta y dos metros de altura. Para definirlo en pocas palabras, yo le llamaría una montaña circular, levantada, esculpida, cincelada por el trabajo del hombre. El lado que mira al nordeste es el que mejor se conserva. Sólo en sus muros puede estudiarse la sucesión de los arcos, la armoniosa escala formada por las columnas, el orden y la gracia de las cornisas, la severa majestad del primer cuerpo, y la ligereza del ático, que lo corona todo, y que da á mole tan grandiosa el primor y lá ligereza de una joya.

En estos monumentos resplandecen las ideas y los caracteres de la arquitectura romana. La gracia, la belleza griega, se han reemplazado con la grandeza, y con la grandeza colosal. Es, el Coliseo, monumento digno de un pueblo rey, de un pueblo conquistador, de un pueblo titánico, de un pueblo que cuenta ejércitos de esclavos, ejércitos de trabajadores, sobre cuyas espaldas solamente hubieran podido ascender las inmensas moles á tan vertiginosas alturas. El pueblo que ha fabricado el Coliseo acaba de ver el Oriente y sus monstruosos edificios, sobre los cuales ha querido tender los órdenes del arte griego como una guirnalda. La arquitectura romana

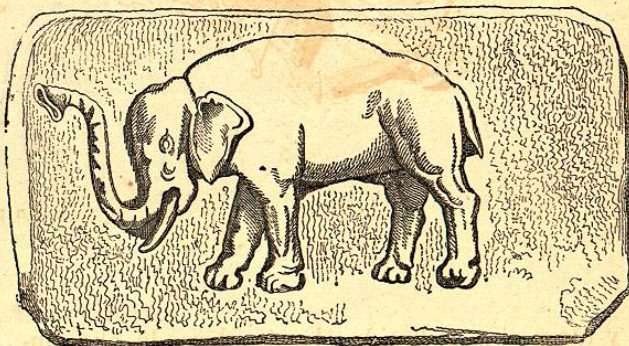


H. Hartier

Juegos en el Anfiteatro.—Caballo vencido por un león

ya no es aquella hermosa arquitectura de Atenas y de Corinto, que ha tomado por tipo el bellísimo organismo de la mujer griega, de esa diosa, de esa musa de todas las artes. Flota sobre los monumentos romanos algo menos bello, pero más grandioso; el océano invisible de un espíritu universal, asimilador, que tiene de Grecia la armonía, de Asia la magnitud, rebotando realmente en la Tierra y en la historia, sin tocar á un ideal, que irá más tarde á perderse entre los misterios y los arreboles del cielo, medio luz, medio sombra. Luego, los edificios romanos, informados en ese espíritu colosal, ten-

derán necesariamente á fines útiles, prácticos, inmediatos, como toda su cultura. El dios Eros, el dios del amor griego, ha sido reemplazado en Roma con el dios Sterquilinius, con el dios del estiércol, de esa sustancia que abriga y fecunda los campos, como la metafísica helénica ha sido reemplazada con la moral



Elefante.—Bajo relieve

el derecho, con principios y ciencias que tocan más inmediatamente á la sociedad y á la vida.

El Coliseo tiene todos los caracteres de la arquitectura romana. Podéis aprenderla mejor en ese grande ejemplar, perdonado milagrosamente por la inundación de los siglos, que en las páginas de Vitruvio, quizás re-

hechas é interpoladas por los eruditos del Renacimiento. Mirad esa argamasa, que parece forjada, como la materia granítica, en las incandescentes entrañas del planeta. Mirad las bóvedas, desconocidas de los griegos y admirablemente edificadas en esta tierra del imperio y de la fuerza. Mirad los arcos, que el mundo helénico nunca construyó, y que parecen á mis ojos las puertas triunfales por donde penetra en la historia

con un nuevo espíritu una nueva vida. Mirad cómo el romano ha puesto un plinto para que descansa la columna dórica, que el griego arrancaba del seno mismo de la Tierra, como el tronco de un árbol. Mirad esos tres órdenes separados siempre en la arquitectura griega, y reunidos aquí en escala ascendente: primero el más sencillo y más sobrio, el dórico, en la base; después, el más elegante y más ligero, el jónico, en el me-



En acecho

dio; y luego el más florido, el más adornado, el corintio, coronando la cima, como la diadema de todo el monumento. El espíritu del pueblo constructor brilla en todas partes en esa fábrica. Ha reunido el romano los tres órdenes de arquitectura en sus edificios, como ha reunido los dioses griegos en el panteón. Su cultura es el gran epílogo de la cultura antigua. Roma tomó á Grecia su metafísica y su religión, á la Sabinia sus mujeres, á España sus espadas, al Oriente sus bóvedas y á Etruria sus arcos. Así puede decirse que Grecia es la flor y Roma el fruto de toda la antigua historia.

Monumentos como el Coliseo son como huesos milagrosamente conservados del inmenso organismo que componía la Ciudad Eterna.

¡Y pensar que este edificio, capaz de vencer á veinte siglos con todas sus catástrofes, se fabricó en tres años escasos! Levántaronlo, como ya hemos dicho, aquellos emperadores de la familia Flavia, bajo cuya dominación pudo consagrarse Tácito á maldecir el despotismo y llorar la república. Tito, á quien la adulación universal llamara *delicia del género humano*, incendió Jerusalén; sobre las piedras calcinadas inmoló millón y me-